

## **CIEGOS POR EL CAMINO RECTO. UNA EXPLICACIÓN DE LA EXPLICACIÓN**

**Ponente: Miguel Ángel Quintana Paz**

"Los hombres que por casualidad encuentran la verdad, pero sin poder dar razón de ella, ¿Se diferencian en algo de los ciegos que siguen el camino recto?"

Platón, La República.

**Autor: Quintana Paz, M.A.**

Cosas tan diferentes como un mito azteca, un manual de física, un tratado teológico luterano y un folleto de instrucciones de la lavadora tienen una finalidad común: la de explicar. Esta investigación que ahora resumo ha buscado, de modo típicamente recursivo, metateórico (y por ello, filosófico) dar una explicación de la explicación, esto es, una respuesta a la pregunta "¿qué es una explicación?"

En primer lugar, es preciso demarcar el campo en el cual nos moveremos. El tipo de explicación del que me interesa dar cuenta es especialmente el de la ciencia natural, como caso concreto de explicación racional -o que pretende serlo. "¿Qué es y qué debería ser lo que pedimos en ciencia cuando pedimos una explicación?" será, entonces, la pregunta que nos interese. Metodológicamente acotamos la investigación también excluyendo de nuestro trabajo las explicaciones probabilistas ("algo ocurre porque es muy probable que ocurra") y aquellas teleológicas ("algo ocurre porque tiene tal-y-tal finalidad")

En breve, podemos decir que la tesis que el trabajo intenta defender es que las explicaciones que se ofrecen en la ciencia no reúnen los requisitos que a priori cabría exigir a una explicación racional completamente satisfactoria. Por la tanto, postulo que la razón por la cual se aceptan tales explicaciones no es la de que satisfagan racionalmente el afán de verdad, sino algo que cabría llamar su "poder persuasivo". La explicación, pues, debería ser algo que satisficiese totalmente a la razón, pero de hecho es tan sólo un recurso verbal que cumple ciertas exigencias fijadas previamente por el contexto en que nos encontremos (v.g., una exigencia posible es que nos ayude a predecir, a evitar un malentendido concreto,...). E incluso puede ocurrir que sea la explicación ofrecida la que

obligue a amoldarse a ella a las exigencias previamente existentes, de tal modo que éstas cambien hasta adoptar unas formas que sí satisfacen la explicación dada (tal es el mecanismo que se produce en la revolución científica). Todo es, pues, un juego de persuasión entre el que da las explicaciones y el que ha de acabar con estar satisfecho con ellas.

He hablado de "los requisitos que a priori cabría exigir a una explicación racional". Con ello entiendo aquellas características que debería tener una explicación para considerarla necesariamente admisible e irrefutable, es decir, que nos habría de convencer irremisiblemente si actuamos como agentes meramente racionales. Son los siguientes (llamaré *p* a aquello que deseamos explicar -*explanandum*- y *Ex* a aquello que explica -*explanans*-). Denominaremos explicación total a Leibniz quien ya exigió a toda explicación que mereciese tal nombre estos requisitos):

R1: Si para explicar *p* empleo *E1*, debo a su vez explicar *E1* con *E2*, y *E2* con *E3*... hasta llegar a un *En* que se explique a sí mismo, o sea, ante el cual no quepa la pregunta "¿por qué *En*?", pues se ve que necesariamente *En* se ha de dar, que no podría ser de otro modo. Si no, habré desplazado la atención de un *p* inexplicado a otro *Ex* que asimismo queda inexplicado, y no podré decir que realmente veo la razón de *p*, ya que no veo su razón última y me queda por responder "¿y por qué *Ex*?"

R2: Cada una de las explicaciones parciales, es decir, el modo en que *E1* explica *p*, *E2* explica *E3*,... debe ser necesaria,

pues si no siempre cabría la pregunta: "¿por qué E1(E2, E3...) explica p(E1, E2...)?", "¿por qué dado E se debe dar P?"...

Dado de este modo el ideal de una explicación, el trabajo analiza en qué medida, en la Historia del Pensamiento y la Ciencia, este ideal ha sido exigido a las explicaciones que se preciasen de ser racionales; con el fin de conocer, con tal método genético, que es lo que se exige hoy a la explicación científica, y cómo R1 y R2 han estado ya presentes en varios filósofos que han pensado qué es (o deba ser) una explicación racional. Tras algunos atisbos de ello en los presocráticos y "el paso del mito al logos", me centro en Platón como el primero que exige algo semejante a una explicación total. (El título de este trabajo está tomado de la comparación que el hace entre los ciegos por el camino recto y aquellos que no son capaces de dar explicaciones totales, aun acertando en sus opiniones). Además, Platón prefigura la necesidad de lo que hemos llamado un "En" último que no necesite ser justificado, en este caso la idea de Bien; un principio autoexplicativo ante el cual los discursos usuales se quedan obsoletos, sin ser negados al modo irracionalista. Sólo el reconocimiento de un explanans tal puede fundamentar la esperanza razonable de dar explicaciones totales; mas en Platón no se ve aún cómo este principio podría explicarse a sí mismo.

La revolución científica es un segundo momento muy interesante en la evolución de la idea de explicación (sorteamos el modelo teleológico aristotélico, dada la metodología ya expuesta; aunque Aristóteles no parece estar demasiado lejos de platonismo visto, al opinar que explicar algo es mostrar que no puede ser de otro modo que del que es). Aquí aparece la idea de "explicación galileana" frente a la aristotélica, por usar

los términos de Von Wright. La novedad que Galileo logra empezar a introducir en la comunidad científica es la de no aceptar más explicación que aquellas que tienen la forma de una ley matemática, al estilo de las que manejaban los artesanos del primer capitalismo. Si bien va más allá de ellos al no conformarse con simples reglas prácticas que aplicar a cada caso particular, y busca hallar lo que él llama "axiomas", leyes lo más generales posible que muestren la "esencia" de las cosas (v.g., una ley general sobre el movimiento nos mostraría qué es "esencialmente" éste). Mas estas leyes quedan sin explicar (la razón del movimiento de caída no se dará hasta Newton: *la gravedad*). Triunfaron gracias a la idea de que había algo así como un Legislador Universal que las imponía al mundo; si no, es poco probable que hubiesen pasado como verdaderas explicaciones de los fenómenos.

Se produce a continuación el fenómeno curioso de un filósofo, Descartes, que mientras que en ciertos escritos defiende posturas próximas a Leibniz en cuanto a qué debe ser una explicación, en otros momentos adopta la practicidad del científico y da por válidas explicaciones que no reúnen R1 y R2. Esta segunda cara de Descartes la recogerá Newton y, más concretamente, el newtonianismo (de hecho, Sir Isaac siempre buscó ser capaz de explicar totalmente nociones, como la gravedad, en que se basaba el poder explicativo de su teoría). Así se aceptó en la ciencia moderna un ideal de explicación que será el que se mantenga hasta hoy en libros, clases y laboratorios científicos, un ideal que los neopositivistas Hempel y Oppenheim llamaron "explicación por subsunción", y que se resume en la Idea de que un hecho queda explicado si y sólo si se da una ley general contrastada bajo la cual quepa este, como caso particular. Las exigencias leibnizianas quedan en el

olvido. Pues, efectivamente, cuando la nueva manera de hacer ciencia acababa de nacer, la figura de Leibniz se alzó para recordar las exigencias que Descartes y Newton habían pedido y a la vez olvidado: que una explicación racional (y más aún en la era "racionalista") ha de cumplir R1 y R2. El sabio debía aspirar a ello siempre, no conformarse con reglas matemáticas más o menos omniabarcantes ni nociones oscuras mas o menos socorridas, como la "gravedad". Aunque sus obras científicas no resuelven totalmente estas exigencias, su mérito es el de haber proporcionado, en su filosofía, un marco en el que tales explicaciones fuesen posibles: un mundo ordenado según la necesidad (si bien a nuestra imperfecta mente algunas verdades le parecen sintéticas) y lógicamente dependiente de un En que él llama "Dios", el cual no sólo explica en última instancia todo lo existente, según el principio de perfección, sino que también se explica a sí mismo (y de modo impecable en la traducción al sistema lógico modal contemporáneo S5 de Lewis).

Con todo esto, la idea de explicación aún hoy en boga en la ciencia es muy criticable: enuncia más bien lo que es una predicción, y de hecho el logro del neopositivismo es desplazar el significado de la palabra explicación hasta hacerla casi sinónima de predicción, traduciendo a la filosofía la práctica científica habitual. Pero pedir una explicación no es lo mismo que pedir una predicción, y un agente racional podría mostrarse razonablemente descontento si recibe la segunda al solicitar la primera. Por ello esta concepción falla. Puede darse el caso de que un agente racional se dé por satisfecho con una explicación que no satisface R1 y R2, pero entonces actúa por factores (intereses, pautas, gustos...) muy importantes, mas no

racionales. Tal es, como hemos visto, el caso del científico, que entonces acepta las explicaciones por motivos de lo más variado, no porque su racionalidad quede completamente satisfecha; la explicación actúa por tanto persuasivamente para ser aceptada (apareciendo como predictiva, práctica o simplemente interesante). Debemos ser conscientes de ello ante la ciencia, y no verla como una actividad especialmente privilegiada en lo que a conocimiento racional se refiere. Quizá existan verdaderas explicaciones totales todavía no halladas, pero la ciencia no será la que nos las proporcione según su práctica actual.

Para mostrar que esto es así, deberemos contraponer a ella el poder persuasivo de nuestros argumentos, como Wittgenstein proponía. La medida en que este trabajo lo consiga es la medida de su valor; de cualquier manera, "otros vendrán, espero, que lo hagan mejor" (L. Wittgenstein, Prólogo al *Tractatus Lógico-Philosophicus*)